

# Un debate en torno a la modernidad: la crisis de los ochenta

MARIA PILAR PÉREZ CANTÓ \*

## RESUMEN

*En la década de los ochenta del siglo XVIII, una vez más, se reavivó en España un debate que trataba de redefinir el papel histórico jugado por nuestro país en el conjunto de Europa y sobre todo fijar cuales habían sido sus aportaciones más perdurables a las ciencias y a la cultura de lo que se entendía, desde la Europa ilustrada, como mundo civilizado. Finalmente con la concurrencia de apologistas y antiapologistas la disputa se generalizó hasta poner en cuestión no sólo la identidad del país sino su aportación histórica a la civilización europea. El detonante de la polémica que se desarrolló a lo largo de los ochenta y que tuvo como caja de resonancia, cuando no de portavoz principal a la prensa, fue el artículo Espagne de Masson de Morvilliers aparecido en la Encyclopédie Methodique ou par ordre de Matieres. Las referencias constantes, unas veces como argumento central y*

## ABSTRACT

*In the eighties' decade of 18th Century aroused in Spain, once more, a debate which tried to redefine the historic role played by our country in Europe and, over all, to find out which had been its most enduring contributions to the sciences and the culture of the civilized world, as seen from the illustrated Europe. Finally, with the concurrence of apologists and antiapologists, the dispute extended until not only was the country's identity put into question, but also its historic contribution to european civilization. The prime mover of this controversy, which developed during the eighties and which had the press as the main speaker, was the article Espagne by Masson de Morvilliers published in the Encyclopédie Methodique ou par ordre de Matieres. The permanent references, times as the main line of reasoning times as a part of a more*

---

\* Universidad Autónoma de Madrid.

*otras como parte de un planteamiento más general, al papel jugado por la incorporación de los territorios ultramarinos en la evolución política y económica de España será el aspecto en el que centraremos nuestro análisis de la polémica de los ochenta.*

*general argumentation, to the role played by the incorporation of the oversea territories in the politic and economic evolution of Spain will be the core of our analysis of the eighties' debate.*

En la década de los ochenta del siglo XVIII, una vez más, se reavivó en España un debate que trataba de redefinir el papel histórico jugado por nuestro país en el conjunto de Europa y sobre todo fijar cuáles habían sido sus aportaciones más perdurables a las ciencias y a la cultura de lo que se entendía, desde la Europa *ilustrada*, como mundo civilizado. Finalmente con la concurrencia de apologistas y antiapologistas la disputa se generalizó hasta poner en cuestión no sólo la identidad del país sino su aportación histórica a la civilización europea.

Fue éste, un debate recurrente y no siempre suscitado desde fuera, desde los inicios de la Edad Moderna y sobre todo tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, la Monarquía hispana, como una más de las servidumbres de su hegemonía fue sometida a las críticas más severas no siempre por sus enemigos o por súbditos disidentes, en ocasiones fueron súbditos bienintencionados los que, intentando aconsejar a su Rey en las labores de gobierno o intentando que éste se ajustase a los dictados de la religión católica, dieron lugar a polémicas tan interesantes como la de *los justos títulos* en la primera mitad del siglo XVI que si bien tenía como finalidad clarificar los comportamientos políticos de la Monarquía y reubicar al *otro*, al indio, en una Historia que a partir de ese momento pudo llamarse con propiedad universal, fue aprovechada por los enemigos de los Austrias para lesionar su hegemonía. La *leyenda negra* en sus distintas variantes fue uno de los ataques con mayor fortuna que a lo largo de la Edad Moderna se realizaron contra país alguno, ésta fue enriqueciéndose y en ocasiones reiterando cifras y lugares comunes que la historia se había encargado ya de desmentir.

Más tarde, cuando para muchos hispanos la decadencia se hizo evidente, durante el siglo XVII y primera mitad del XVIII, no habían faltado voces que desde dentro del país clamaban por el cambio, bien es cierto que en el seiscientos lo que se consideraba urgente era *conservar o restaurar* las glorias pasadas, Roma y los Reyes Católicos eran la referencia obligada para la mayor parte de ellos, aunque no faltaron los que mirando al futuro eligieron la renovación, para todos el punto de partida pasaba

por la recuperación económica y la restauración del orden social. Los arbitristas más reputados no se limitaron a proponer medidas económicas, sus *remedios* estaban precedidos de un análisis más o menos detallados de la sociedad de su tiempo y señalaban lo que consideraban las causas de la *declinación*. Sin embargo tendremos que esperar a la primera mitad del setecientos para encontrar teóricos cuyas propuestas de cambio se sustentaban, de forma generalizada, en un estudio de los países de nuestro entorno, para acabar concluyendo que un vasto imperio como el americano no había rendido los frutos esperados, sobre todo si se comparaba con el enriquecimiento que posesiones menos extensas habían proporcionado a Inglaterra, Francia y Holanda. El comercio y en especial el comercio trasatlántico era el argumento central, éste estaba llamado a jugar un papel fundamental en la riqueza de las naciones pero, sobre todo, de él se esperaban todo tipo de efectos benéficos, muchos de ellos *políticos, sociales y aún morales antes que puramente económicos* como dirá Albert O. Hirschman <sup>1</sup>. En el triunfo de los intereses de los súbditos frente a las pasiones de los poderosos, al comercio le había correspondido un papel estelar y así lo corroborarían tanto Montesquieu como los filósofos y científicos sociales de la ilustración escocesa. En España, Gerónimo de Uztaiz, Bernardo de Ulloa o Campillo y Cossío no fueron ajenos a estos planteamientos.

Las referencias constantes, unas veces como argumento central y otras como parte de un planteamiento más general, al papel jugado por la incorporación de los territorios ultramarinos en la evolución política y económica de España será el aspecto en el que centraremos nuestro análisis de la polémica de los ochenta, que por otra parte ha sido estudiada desde diferentes puntos de vista por autores como Julián Marías y François López entre otros <sup>2</sup>.

El detonante de la polémica que se desarrolló a lo largo de los ochenta y que tuvo como caja de resonancia, cuando no de portavoz principal, a la prensa fue el artículo *Espagne* de Masson de Morvilliers, aparecido en la *Encyclopédie Methodique ou par ordre de Matieres*, en el tomo I dedicado a la *Géographie Moderne*. En no más de quince páginas, el autor francés describía un panorama sobre las posibilidades económicas de España, que trasciende a lo que hoy buscaríamos en un volumen dedicado a la geografía, pero que era habitual para la época, no sólo se limitaba a

---

<sup>1</sup> HIRSCHMAN, A.O., *Las pasiones y los intereses*. México, 1978.

<sup>2</sup> MARIAS, J., *La España posible en tiempo de Carlos III*. Madrid, 1963. LÓPEZ, F., *Juan Pablo Forner y la crise de la conscience espagnole au XVIII siècle*. Burdeos, 1976.

describir una situación, sino que señalaba las causas políticas que habían dado lugar a la misma. Desconocimientos e imprecisiones aparte, Masson no hacía sino exponer de forma grosera y divulgar la imagen de la Monarquía hispana que otros autores, también franceses, de mayor reputación, venían acuñando desde principios de siglo, el de mayor trascendencia probablemente Montesquieu pero también Raynal y Voltaire, imagen que si bien en el primero de estos autores había que entenderla en clave francesa no por ello dejó e tomar vida propia y convertirse en una referencia obligada para todos aquellos que fuera o dentro del país analizaban desde o contra las *lucres* la situación política <sup>3</sup>.

El citado artículo, como ya hemos señalado, repetía una serie de estereotipos acuñados desde tiempo más atrás, no hay que olvidar que Raynal y Voltaire, a su vez, no hicieron otra cosa que recuperar parte de la *leyenda negra* en su versión protestante, nacida en los Países Bajos a fines del XVI y principios del XVII, y presentarla ahora bajo el signo de las *lucres* y por tanto desde un prisma diferente, formado con valores nuevos tales como la supremacía de la razón y la experimentación, las virtudes del comercio o la capacidad de labrar manufacturas, valores estos últimos despreciados, según los citados autores, por los españoles en general y por sus monarcas en especial. No olvida Masson describir de forma pormenorizada la responsabilidad de la religión en el estado de postración en que se encuentra España desde Felipe III, época en que «la grandeza española no es más que un vasto cuerpo sin sustancia». Sin embargo, de todos los aspectos señalados en el artículo nos interesa destacar aquel que hace referencia al papel jugado por las colonias americanas en la decadencia de España:

«España, dice uno de los más grandes escritores, debería ser uno de los más poderosos reinos de Europa, pero la debilidad de su gobierno, la Inquisición, los frailes, la gravedad y pereza de sus habitantes ha hecho que pasen a otras manos las riquezas del Nuevo Mundo. Así este bello reino, que imprimía antes tanto terror a Europa, ha caído en una decadencia de la que es difícil salir...

Las mercancías del Nuevo Mundo son menos para España que para las naciones comerciantes, ellas confían su fortuna a los españoles y no se han

---

<sup>3</sup> Sobre la imagen de la Monarquía hispana en Montesquieu ver DIEZ DEL CORRAL y PEDRUZO, L., *La Monarquía de España en Montesquieu*. Madrid, 1973, y más recientemente FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., «Entre la *gravedad* y la *religión*: Montesquieu y la *tutela* de la Monarquía Católica en el primer Setecientos», en *Monarquía, Imperio y Pueblos en la España Moderna*, Universidad de Alicante, 1997; FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., (ed.), «*Toujours Roi et jamais homme*. El Felipe II de Montesquieu, en *La Monarquía. Recursos, organización y estrategias*, tomo II. Lisboa, 1998.

arrepentido jamás. Esta fidelidad singular que tenían antes en guardar los depósitos, de la cual Justino hacía el elogio, ellos la tienen todavía hoy. Pero esta admirable cualidad, unida a su pereza, forma una mezcla de la que resultan efectos que son perjudiciales. Los otros pueblos hacen bajo sus ojos el comercio de su monarquía y es verdaderamente una suerte para Europa que México, Perú y Chile sean poseídos por una nación perezosa.

Sería sin duda un acontecimiento singular, si América llegara a buscar la libertad y si por un hábil Virrey de las Indias, tomando entre sus manos la parte de los americanos, les retuviese en su pujanza y en su genio. Las tierras producirían muchos frutos, sus habitantes no tendrían necesidad de nuestras mercancías, ni de nuestros alimentos. Nosotros caeríamos poco a poco en el mismo estado de indigencia (que España)...»<sup>4</sup>.

En estas pocas líneas se pretende resumir la idea que sobre el aprovechamiento de las colonias circulaba por Europa y de un modo especial por Francia, asunto al que Montesquieu había dedicado una atención especial que será preciso recordar para poder entender los términos de la polémica. Desde las *Cartas persas* pasando por sus *Consideraciones sobre la riqueza de España* y las *Reflexiones sobre la monarquía universal* hasta cristalizar en *El espíritu de las leyes*, Montesquieu se había ocupado de señalar las causas de la decadencia española y una de ellas, sino la más importante, había sido las enormes riquezas llegadas del Nuevo Mundo, la facilidad y la rapidez con que los españoles se habían apoderado de los metales preciosos llevaban en sí mismas el germen de la decadencia, el autor francés retomando las teorías cuantitativistas de Jean Bodin en su respuesta a Malesherbes de 1778, que evidentemente conocía, y reiterando argumentos, que antes que ellos habían utilizado los españoles Martín de Azpilicueta y Tomás de Mercado, hace responsable a las remesas de metales de la decadencia hispana<sup>5</sup>. El Señor de la Brede se refiere al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo retomando lugares comunes utilizados por las diferentes variantes de *la leyenda negra*, redimensionándola y dándole significado a partir de las circunstancias que la rodearon, junto a observaciones sobre el despotismo de los pueblos vencidos y la catástrofe demográfica, se anticipa a la *disputa sobre el Nuevo mundo* patrocinada por Buffon al señalar que las condiciones naturales de América, sobre todo el clima, tuvieron una influencia nefasta en el carácter de los pueblos precolombinos que les colocó en inferioridad de condiciones frente a los conquistadores. Tampoco estos últi-

---

<sup>4</sup> *Encyclopédie Méthodique, ou par ordre de matières. Géographie Moderne*, t. I. París, 1782, pág. 555. La traducción es nuestra.

<sup>5</sup> Sobre los cuantitativistas hispanos VILAR, P., «Los primitivos españoles del pensamiento económico *cuantitativismo y bulonismo*», en VILAR, P., *Crecimiento y Desarrollo*. Barcelona 1980, págs. 135-162.

mos merecieron un juicio más benévolo por parte del autor francés, desde el punto de vista moral fueron execrables por su comportamiento con los indios, no hay para ellos ni para la naturaleza americana una frase de admiración a pesar de haber leído a nuestros historiadores de Indias <sup>6</sup>.

Su idea sobre las colonias era peyorativo, en su carta persa número CXXI señala que:

«Común efecto es de las colonias enflaquecer los Países de donde se sacan sin poblar aquellos adonde se envían»

y añade:

«Desde que los españoles, habiendo assolado América, exterminaron a sus antiguos moradores sustituyéndose en su lugar, no han podido repoblarla; y muy al contrario, por una fatalidad que pudiera más bien llamarse justicia de Dios, se destruyen los destructores a sí mismos y se consumen todos los días» <sup>7</sup>.

Para Díez del Corral probablemente Montesquieu no fue capaz de comprender la empresa colonizadora, se sintió abrumado por las distancias y la extensión de los dominios españoles en América, pero sobre todo no comprendió el derroche de energías de un país a cambio de tan pocos beneficios. Aparte del oro y la plata, germen en sí mismas de perdición, la razón principal del escaso provecho que España obtuvo de sus colonias radicaba en el tipo de colonización:

«Los españoles miraron al principio las tierras descubiertas como objeto de conquistas: pueblos más refinados que ellos encontraron que eran objeto de comercio, y hacia él dirigieron sus aspiraciones. Varios pueblos se han conducido con tanta sabiduría que han dado el imperio a compañías de negociantes, las cuales, gobernando estos Estados alejados únicamente para el negocio, ha constituido una potencia accesoria, sin entorpecer el Estado principal. El objeto del establecimiento ha sido la extensión del comercio, no la fundación de una ciudad o de un nuevo imperio» <sup>8</sup>.

Ese era el verdadero problema para el autor francés, él sólo entendía la explotación colonial como un contacto superficial que favoreciera el inter-

---

<sup>6</sup> Ver DIEZ DEL CORRAL, L., *La Monarquía hispánica en el pensamiento político europeo*. Madrid, 1975, págs. 465-479 y *La Monarquía de España en Montesquieu*. Madrid, 1973, págs. 89-103.

<sup>7</sup> MONTESQUIEU, *Cartas persas*. Madrid, 1994, págs. 172-173.

<sup>8</sup> Cita tomada de DIEZ DEL CORRAL, L., *La Monarquía hispánica en el pensamiento político europeo*. Madrid, 1975, pág. 472, nota 26: Liv. XXI, chap. 21, Pleiade II, 643.

cambio comercial ya que de lo contrario podría ocurrir lo que le había sucedido a España:

«Las Indias y España son propiamente dos potencias bajo un mismo señor, pero las Indias son el principal y España no es más que lo accesorio. En vano la política de los ministros pretende llevar el principal al accesorio. Las Indias atraen siempre España hacia ellas»<sup>9</sup>.

Su desconocimiento acerca del número de españoles pasados al Nuevo Mundo junto su pesimismo demográfico le hacen sumar los peligros de despoblación a los ya señalados sobre la abundancia de metales preciosos. Lo que nos interesa destacar de su argumentación, ya que fueron las ideas clave que desde principios de siglo circularon dentro y fuera de España es, dejando aparte sus comentarios sobre la violencia de la conquista, que nuestro país no había sido capaz de aprovecharse en beneficio propio del caudal de riquezas fluido desde el continente americano durante las dos centurias precedentes, más bien al contrario ellas sirvieron para alumbrar a un tipo de sociedad rentista y poco emprendedora que había olvidado *labrar mercaderías*; que había perdido sus energías y parte de su población en unas conquistas excesivas que la agotaron y finalmente que ese planteamiento le impidió dar al comercio la importancia debida, proporcionando, sin embargo, a sus Monarcas un sentimiento de poder y agresividad insoportable para el resto de Europa.

Muchas de estas aseveraciones nada tenían de novedosas, los primeros españoles que reflexionaron sobre la llegada de metales preciosos ya habían advertido de los peligros de la arribada masiva de oro y plata y que *¡España era las Indias del extranjero!* fue un lamento común de los arbitristas primero y más tarde de los reformadores políticos del XVIII, lo novedoso fue el escenario sobre el que Montesquieu proyectó su análisis, en ocasiones muy certero, y la trascendencia que sus opiniones tuvieron aunque su intención principal fuese la crítica a unos modos de proceder que pretendía evitar bajo la Monarquía de Luis XIV. Años más tarde, pero una década antes de la polémica que nos interesa, Cadalso contestó a las afirmaciones de Montesquieu sobre el carácter de los españoles y la decadencia del país en un pasaje de *Los eruditos a la violeta*, tachándolas de frívolas sin por ellos cuestionar la categoría intelectual del autor francés, pero será en una de sus *Cartas marruecas*, la IX, donde tomando como pretexto la figura de Cortés hizo una defensa de la conquista hispana que tenía mucho de relato épico, no entraba sin embargo a cuestionar

---

<sup>9</sup> *Ibidem*, pág. 473, nota 27: Pleiade II, 14.

el papel jugado por los metales en la evolución política de España, tema fundamental en la argumentación de Montesquieu <sup>10</sup>.

Retomando el artículo de Masson, obviaremos las dificultades que la nueva enciclopedia tuvo para ser publicada en España, nos ocupamos de analizar el debate desencadenado a partir de su publicación, debate que algunos autores han acuñado como el de las Apologías, y de él destacaremos cómo a estas alturas de finales del XVIII todavía se seguía sin acuerdo acerca del papel que el descubrimiento y la conquista de América habían jugado en la evolución política, económica y cultural de nuestro país.

Para François López la crisis de 1784-87 se había iniciado mucho antes, desde principios de siglo cuando parecía que el país había tocado fondo y por tanto empezaba a remontar, entonces cuando sus elites intelectuales hacia esfuerzos por integrarse en Europa tuvieron que soportar, una vez más, una campaña de difamación que perturbó a los primeros *novatores* y les obligó a consumir energías defendiéndose del misoneísmo de los clérigos del interior y de los *filósofos* del exterior, esta circunstancia, según el autor francés, marcará el proyecto de transformación de la conciencia nacional iniciado por los *novatores* y continuada por otros ilustrados a lo largo del siglo:

«C'est ainsi que l'Espagne, se définissant comme nation au niveau de ses élites intellectuelles, se vit constamment confrontée au reflet terriblement déformé et accusateur que les autres nations lui offraient d'elle-même. Tout grand pays dont la puissance représente une menace pour ses voisins est en butte à des attaques, à des satires qui dénoncent sa volonté d'hégémonie, mais l'Espagne est peut-être le seul qui depuis l'aube des Temps modernes ait été si constamment vilipendé, à l'époque de sa prépondérance, puis celle de son déclin, et plus encore quand elle apparaissait affaiblie et déshéritée. L'Espagne est peut-être le seul pays qui durant des siècles ait été stigmatisé par une persistante «légende noire» qui à contribué à lui faire prendre conscience du cours particulier de son histoire, du caractère anachronique de sa société, de ses moeurs, de ses valeurs <sup>11</sup>».

Si no se tienen en cuenta estos ataques recurrentes difícilmente se entenderá la virulencia que adquirió el debate surgido al calor del artículo de la *Encyclopédie Méthodique*, artículo que por otra parte sólo aportaba

<sup>10</sup> CADALSO, J., *Los eruditos a la violeta*. Madrid, 1781, págs. 122-131. (Cita tomada de MARIAS, Julián, *La España posible en tiempo de Carlos III*. Madrid, 1963, págs. 31-46) y *Cartas Marruecas*. Madrid, 1997, págs. 110-118.

<sup>11</sup> LÓPEZ, F., *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII<sup>e</sup> siècle* Burdeos, 1976, págs. 318.

como novedad el medio en el que se publicaba, su tono y la famosa pregunta: «*Que doit-on à l'Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?*»

Si bien el reinado de Carlos III, durante el cual se desarrolló la polémica, se inició con grandes esperanzas para las élites ilustradas nacionales y contó con cierto crédito de partida para los extranjeros, muy pronto el proceso inquisitorial a Pablo de Olavide, 1776-78, y la expulsión de los Jesuitas revivieron las imágenes de intolerancia y atraso cultural del país, de tal guisa que de nuevo la necesidad de defenderse de unos y las ansias de incorporación a las corrientes más avanzadas de Europa de otros fueron el terreno abonado en el que apareció el citado artículo enciclopédico, que parecía querer borrar del mapa de la Europa civilizada a toda una nación y sus logros seculares. La publicación de la nueva *Encyclopédie* era esperada con expectación, la *Gaceta de Madrid* el 16 de abril de 1762 la anunciaba como una obra que aventajaba la anterior y estaba libre de los errores y contradicciones que los heterodoxos habían introducido en la primera, se recabaron suscripciones y el prestigioso impresor y librero Antonio Sancha inició los trámites para su traducción, todo ello posiblemente con el beneplácito de los ministros de Carlos III. Los primeros volúmenes llegaron en marzo de 1783 y en agosto lo hizo el tomo I de la *Géographie Moderne*, que contenía el referido artículo de Masson de Morvilliers.

Las reacciones no se hicieron esperar, a lo largo de 1784 además de las protestas diplomáticas ante el país vecino que dieron lugar a una suspensión temporal de la edición, el gobierno y en especial Floridablanca, propició que escritores capaces respondieran a la famosa pregunta de Masson y desmintieran los errores o anacronismos que su artículo contenía. El primero en hacerlo fue el Abate Antonio Cavanillas, intelectual valenciano residente en París y dedicado al estudio de la botánica, ciencias naturales y geografía. El sabio español recabó la ayuda de otros estudiosos hispanos, como Juan Antonio Mayáns, Juan Bautista Muñoz y Cándido María Trigueros que le proporcionaron información precisa sobre diferentes aspectos de nuestra historia pasada. A principios de 1784 las *Observations de M. l'Abbé Cavanilles sur l'article Espagne de la nouvelle Encyclopédie* estaban en la calle, su publicación, sufragada por la embajada española en París, fue bien recibida por el público francés, en España su acogida no fue unánime, algunos de sus compatriotas criticaron la obra, unos por exceso y otros por defecto. Un apologista anónimo en *Sesis cartas apologéticas escritas desde Madrid contra el artículo España de M. Masson* critica al Abate Cavanilles por considerar que a éste le ha faltado información, la respuesta debió ser hecha en castellano, pero sobre todo por «la moderación con que trata una materia que exalta al más pau-

sado regnícola», aun reconociéndole el mérito y la oportunidad a Cavanilles le parece que sus sólidos argumentos deberían ir acompañados de una petición de responsabilidades no tanto a Masson, «es un necio más o menos en una Nación y nada importa», sino a los editores de la Enciclopedia obligados a comprobar la veracidad de lo que en ella se publica <sup>12</sup>. En sentido contrario en el *Discurso LXXIX* de *El Censor* se rechazaban todo tipo de apologías y se proclamaba su inutilidad en un tono de sátira:

«...de muy poco tiempo a esta parte se ha desaparecido, sin que pueda averiguarse dónde para, una porción muy considerable de la ilustración perteneciente al presente siglo XVIII, de suerte que en algunas provincias no ha quedado ni una gota. Quien supiere de la que se ha perdido a España acuda a Madrid a alguno de los sujetos a quienes la nación tiene conferidos sus plenos poderes para que la defiendan de las imposturas que la están continuamente levantando los extranjeros, los cuales no piensan, ni hablan, ni escriben sino para desacreditar la literatura española. En Italia se acudiría a los Señores Ex-jesuitas españoles, y en París a M. L'Abbé Cabanilles» <sup>13</sup>.

Por otra parte, de lo que pensaba *El Censor* sobre el artículo de Masson tenemos cumplida cuenta en su *Discurso CX*:

«No tiene duda que Mr. Masson ha estampado muchos disparates en el artículo de la nueva Enciclopedia que habla de España. Pero a Mr. Masson le ha sucedido lo que sucede a todos los hombres. Ha juzgado de lo que no veía por lo que veía, de los efectos ha colegido las causas... No es mi ánimo defender a Mr. Masson; porque no tengo por menos inútil su impugnación que su defensa. ¿Qué nos importa que él, ni todas las Naciones del Universo crean de nosotros con razón o sin ella lo que quieran, o lo que se les antoje? Verdaderamente que lo que sólo nos importa es ser ricos, ser poderosos, ser ilustrados: que florezcan entre nosotros las ciencias, las artes, la justicia, y todas las demás virtudes; y diga todo el mundo lo que le diera la gana <sup>14</sup>.

A lo largo de este discurso *El Censor* exponía, esta vez sin sátira, las causas del atraso del país, llegaba a reconocer la existencia de una minoría que reconocía los errores y estaba en disposición de empujar a España hacia la modernidad pero a su vez denunciaba las causas profundas que impedían el despeque: *el interés de unos pocos a quienes conviene que la ignorancia y los errores sean comunes*, la censura que obliga a

<sup>12</sup> B.N.M., Ms. 18.565: «Seis cartas apologéticas escritas desde Madrid contra el artículo España de M. Masson», f. 1 y 2.

<sup>13</sup> *El Censor*, «Discurso LXXIX», Edición Facscímil, Prólogo y Estudio de GONZALEZ CASO, J.M. Oviedo, 1989, pág. 342.

<sup>14</sup> *Ibidem*, «Discurso CX», pág. 483.

callar a los más sabios con el pretexto de que la nación no está preparada para recibir novedades, la religión en suma que impide toda enseñanza que no provenga de su seno. Por estas razones, aun entendiendo que Masson cometía errores, aceptaba en líneas generales la acusación de atraso vertida sobre España y sobre todo creía más saludable las críticas de los extranjeros si *ellas servían de acicate para salir del error y buscar la luz que la defensa acrítica de los Apologistas cuyo efecto podía desembocar en el conformismo.*

Quizá convenga recordar que *El Censor* en su condición de periódico laico, progresista, propagador de las *luces*, utilizando un tono irónico se convirtió en un apóstol de las reformas; desde sus páginas se criticaba de forma sutil a la monarquía absoluta, se atacaba a la nobleza improductiva, se ponía en cuestión el principio de propiedad y se reivindicaba para las élites la capacidad de hacer extensivo su saber al resto de los ciudadanos sin miedo a la censura: «De nada le sirven las luces de los primeros sino en cuanto pueden alumbrar a los segundos»<sup>15</sup>.

Nos interesa ahora señalar cómo utilizaron unos y otros el argumento del descubrimiento de América o las riquezas del Nuevo Mundo como parte de sus alegatos en pro o en contra de la modernidad del país. Cavanilles partía de una exaltación al reinado de Carlos III como etapa de resurgimiento, lo que significaba reconocer la decadencia del siglo precedente, y después de una defensa del clero y de la Inquisición, pasaba a responder a la famosa pregunta ¿Qué debemos a España...?, la primera contribución señalada por el autor era: *L'Espagne a donné un nouveau monde à l'Europe*, no se detiene sin embargo en la conquista y colonización, la etapa más controvertida y por tanto objetivo preferido de las críticas, por el contrario pasa a ensalzar la hazaña de Magallanes y Elcano y sólo citando al historiador Robertson se atreve a ponderar la gloria de los navegantes hispanos que en pocos años fueron capaces de anexar al viejo mundo uno nuevo y constatar por la experiencia la esfericidad del globo. Así mismo, y como resultado del descubrimiento de América, enumera los productos de los que Europa se aprovechará: alimentos, plantas tintoreras, metales<sup>16</sup>... La respuesta de Cavanillas carecía de agresividad, se limitaba a exponer lo que él consideraba que habían sido grandes contribuciones de su patria a la modernidad, sin embargo el Apologista anónimo en su Carta 3.<sup>a</sup>, siguiendo los pasos al sabio valenciano planteaba su

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, págs. 486-87. Más sobre el papel jugado por *El Censor* en GUINARD, P.J., *La presse espagnole de 1737 a 1791*. París, 1973, págs. 292 y ss.

<sup>16</sup> CAVANILLES, A., *Observations sur l'article Espagne de la nouvelle Encyclopédie*. París, 1784, pág. 152.

defensa comparando la historia de España con la de Francia y demás naciones europeas y oponiendo lo que él considera una aportación histórica positiva de la primera a algún fracaso o menor aportación de las segundas, los enciclopedistas debían saber que:

«mientras Fernando el Católico arrojaba a los sarracenos del Reino de Granada y aseguraba la tranquilidad de Europa ahuyentando a los árabes al interior del Africa, su esposa, la gran Isabel protegía con mano franca a Colón (despreciado por entusiasta por varias naciones) en el descubrimiento del Nuevo Mundo; mientras Carlos V triunfaba en Pavía y los tercios españoles enseñaban con su ejemplo a toda Europa los preciosos frutos y el arte de la guerra, navegaba Magallanes el estrecho a quien dio nombre y examinaba las costas, ríos y puertos de la América Meridional; Elcano daba el primero la vuelta al mundo, verificando su extensión y figura; Cortés, en México, y Pizarro, en Lima, descubrían, conquistaban, poblaban y aseguraban a Europa los preciosos frutos de ambas Américas; los españoles llevaban a aquel hemisferio los animales domésticos, el uso del hierro y la industria de que se aprovechan hoy las naciones que han logrado la dicha de adquirir y conservar aquellas colonias en aquellos climas; analizaban las producciones de los diversos países; establecían el cultivo de azúcar, que tanto ha producido al comercio de Francia e Inglaterra: extendían el del cacao, añil, cochinilla, tabaco, algodón y experimentaban la quina, los bálsamos, la zarzaparrilla, y todas las demás plantas medicinales. Si esto no es algo, me dirá Masson ¿Que más debe la Europa a la Francia? <sup>17</sup>.

Con el mismo tono continuaba enumerando todas las conquistas llevadas a cabo por los españoles a lo largo y ancho del continente para acabar demostrando que no sólo se pobló el litoral americano, como insinuaba Masson, sino que la colonización había penetrado hasta los más remotos confines. El Apologista anónimo no es un conformista acrítico, es ponderado cuando señala las virtudes de otras naciones, desea para su país las reformas, su concepto de nación es moderno, compara la situación de las colonias hispanas en el setecientos con las inglesas, francesas y holandesas, al igual que lo habían hecho los *proyectistas* desde fuera y dentro del gobierno y sobre todo deseaba que España con sus colonias formasen parte de la Europa ilustrada: «...el día que con mejores luces se tomen medidas útiles a los Progresos de que es capaz el genio español, quien sabe a que grado de felicidad, y prosperidad podrán llegar las Américas?» <sup>18</sup>, reconoce la existencia de «barbados españoles» que en los primeros tiempos actuaron con «igual o peor estilo» que las naciones

<sup>17</sup> B.N.M., Ms. 18.565: «Seis cartas apoloéticas escritas desde Madrid contra el artículo España de M. Masson», Carta 3.<sup>a</sup>, f. 7.

<sup>18</sup> *Ibidem*, f. Carta 3.<sup>a</sup>, 8 rv.

vecinas en sus colonias incluso en «el siglo de la Filosofía»<sup>19</sup>. Todo ello no le impide preferir el tipo de colonización llevada a cabo por los españoles y sobre todo después de las reformas de Carlos III, reformas que son ignoradas por los que critican el modo de colonizar hispano, éstos sólo utilizan como criterios de modernidad y prosperidad al comercio y su contribución al enriquecimiento de la metrópoli, descontextualizando la colonización de los siglos precedentes. No nos cabe duda de que el autor anónimo conocía las ideas propagadas por algunos ilustrados sobre las relaciones ideales metrópoli-colonia, no ignoraba el modo de actuar de ingleses, franceses y holandeses en sus respectivos dominios, sin embargo sus valores para medir la rentabilidad del imperio eran otros:

«Por otra parte me querrán decir ¿cuál es la mala y descuidada política de la Metrópoli que ha sabido dar un correspondiente fomento, aunque necesariamente lento, a todos sus dominios, que ha sabido libertarlos de las invasiones y codicias de las demás potencias, celosas siempre, y siempre inconsolables de que la España posea aquellos preciosos terrenos, y lo que es más para ellas, de las pingües minas de que tanto mal hablan, porque carecen de ellas?»<sup>20</sup>.

Así las cosas, aunque reconoce la perfectibilidad de cualquier actuación humana, aseveraba que ninguna nación escaparía a un negro retrato si se callaba todo lo bueno de sus actuaciones y se exageraba lo malo de su conducta.

En este ambiente intelectual revuelto, la Real Academia de la Historia convocó para 1785 un concurso de elocuencia sobre «Una apología o defensa de la Nación, ciñéndose solamente a sus progresos en las ciencias y artes, por ser esta parte en la que más particularidad y empeño han intentado oscurecer su gloria algunos escritores extranjeros...». Juan Pablo Forner, jurista ilustrado, nacido en Extremadura pero de origen valenciano y entroncado con los *novatores* y como ellos heredero de la tradición humanista levantina, acudió a la llamada de la Academia y preparó para concurrir al premio su apología que no fue acreedora del mismo pero que finalmente vio la luz con el nombre de *Oración Apologética por la España y su mérito literario*. El premio fue declarado desierto y sólo en 1786 aprovechando que al autor de la *Oración Apologética...* se le había encargado la traducción de la *Contestación a la pregunta ¿Qué se debe a España?*, discurso leído a la Academia de Berlín en la Asamblea Pública del 26 de

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, Carta 4.<sup>a</sup>, f. 14 rv. y ss.

<sup>20</sup> *Ibidem*, Carta 3.<sup>a</sup>, f. 14.

enero de 1786 por el Abate Denina, la obra de Forner se publicó «para servir de continuación o exornación» a la del autor italiano por expreso deseo del ministro Floridablanca y con subvención real <sup>21</sup>.

Estas dos apologías, y en especial la de Juan Pablo Forner, contribuyeron extraordinariamente a generalizar el debate, a ello contribuyó sin ninguna duda la merecida fama de polemista del autor español que en ocasiones anteriores había medido su pluma en mil batallas que no siempre fueron sólo literarias. Ambas centran su defensa en un repaso histórico, focalizando su exposición en los méritos científicos, artísticos y literarios logrados por España desde que era una provincia del imperio romano, si Forner hace hincapié en la utilidad de las ciencias y la futilidad de ciertos sistemas filosóficos que sólo sirven para «admirar la extraordinaria habilidad de algunos hombres para ordenar naturalezas y universos inútiles», Denina pretende, en clave italiana, reivindicar las culturas nacionales frente a la influencia francesa que todo lo invade, es la suya una respuesta a Masson y a los franceses, a favor de España pero teniendo como objetivo final la reafirmación cultural de su propia patria <sup>22</sup>.

En los dos autores la conquista y colonización americanas aparecen apenas insinuadas como lógica consecuencia del hecho relevante, ya que en palabras de Denina: «...el descubrimiento de un nuevo hemisferio ha cambiado la faz del mundo antiguo». La auténtica hazaña llevada a cabo por los súbditos de la Monarquía Católica fue el fruto de sus saberes náuticos y de la capacidad de acumular y llevar a la práctica conocimientos anteriores en los que se hallaban representadas la mayor parte de las naciones europeas, con la excepción de Francia, cuyos ptolomeos, marcospolos o colones hicieron posible los descubrimientos geográficos y la constatación empírica de que la tierra era redonda. No niega Denina la decadencia española y al igual que Montesquieu y Masson en su artículo entiende que las causas verdaderas de la misma hay que buscarlas en el tipo de colonización:

«Los españoles, que encontraron recursos inagotables en el Nuevo Mundo, no revelaron ningún deseo de comerciar con los demás países de Europa, y así no se pusieron en condiciones de seguir los progresos que en ellos se hacía. El propio Gobierno dedicó todos sus cuidados a la América,

<sup>21</sup> AHN, *Estado*, leg. 3238, exp. n.º 15.

<sup>22</sup> FORNER, J.P., *La oración apologética por la España y su mérito literario*. Madrid, 1963. En el Apéndice de esta obra: «Contestación a la pregunta ¿Qué se debe a España? Discurso leído a la Academia de Berlín en la Asamblea Pública del 26 de enero de 1786», por el Abate Denina, págs. 142-181.

que miró como la fuente principal de sus riquezas. El oro del Perú, la plata del Potosí, las delicias de la Italia, la industria de los flamencos y de los fieles del Franco Condado pertenecían a la España. ¿Cómo no había de dedicarse al reposo a favor de tanta ventaja?

Las naciones están sujetas a los mismos vicios y a las mismas vicisitudes que los hombres. La prosperidad y los honores provocan la molicie, la pereza, la presunción y el orgullo; y a fuerza de persuadirnos de que no ha de haber rivales no procuramos evitar que otros nos superen; esto es lo que ha ocurrido en España»<sup>23</sup>.

Señaladas las causas de la decadencia no encontró en los países vecinos un comportamiento digno de ser imitado y la subida al trono hispano de una dinastía francesa a principios del siglo XVIII no hizo sino retrasar su recuperación hasta la segunda mitad de la centuria:

«La España no ha comenzado a volver hacia lo que debía ser más que cuando ha visto sobre su Trono reyes nacidos en su seno y tiene a la cabeza de sus negocios ministros cuyos intereses no pueden ser distintos de los de la Nación y del Estado»<sup>24</sup>.

Para Forner, sin embargo el descubrimiento y conquista de América fueron la consecuencia del desarrollo náutico y el arte militar de nuestro país, el primero hizo posible la comunicación de todo el género humano ya que:

«Si no suministró España el casual hallazgo de la brújula, sus pilotos fueron por los menos los primeros que, empleándola premeditadamente en más que atrevidas empresas, tentaron entregarse a la vasta capacidad de mares nunca hallados y dieron a la asombrada tierra el inaudito ejemplo de girar por toda la circunferencia del globo, y ¿de que nación ha copiado Europa su legislación marítima sino de la que por su inmensidad de sus posesiones ultramarinas hubo de formar un código especial para el mar, cuando ni aún para la tierra poseía uno peculiar ninguna de las demás naciones?»<sup>25</sup>.

El arte militar por su parte sirvió a España para mantener unidas las dos partes del mundo y enseñarlas a vencer. Forner no entraba a valorar la conquista y la colonización desde una perspectiva política o económica,

---

<sup>23</sup> DENINA, C., «Contestación a la pregunta ¿Qué se debe a España? Discurso leído a la Academia de Berlín en la Asamblea Pública del 26 de enero de 1786», por el Abate Denina, pág. 178, en el Apéndice de FORNER, J.P., *La oración apologética por la España y su mérito literario*. Madrid, 1963.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pág. 181.

<sup>25</sup> FORNER, J.P., *La oración apologética por la España y su mérito literario*. Madrid, 1963. Pág. 92.

sus intereses eran otros, se trataba de reivindicar un pasado, un presente y, al igual que en el caso de Denina, un futuro nacional independiente, formalmente era una pieza de oratoria en la que se trataba de mostrar su elocuencia, no pretendía ser objetivo, por el contrario volcó en su discurso toda su capacidad de persuasión, deseaba convencer y con ese fin utilizó todos los recursos sin apartarse de la verdad <sup>26</sup>. Para este autor «la utilidad y la solidez» son «los polos de la sabiduría» y respondiendo a Masson oponía los méritos de los *filósofos* a los de:

«Una nación cuya náutica y arte militar ha dado a Europa, en vez de un soñado y árido mundo cartesiano, un mundo real y efectivo manantial perenne de riquezas <sup>27</sup>».

El planteamiento no significaba un rechazo de las *luces* sino tan sólo de aquellas que por su inutilidad no servían para la felicidad de los hombres, su discurso no estaba lejos de las formulaciones de un Floridablanca o un Campomanes aunque la historiografía del siglo XIX ha querido ver en él a un defensor de una ética cristiana e inmovilista frente a los filósofos enciclopedistas. No hay que olvidar que esta polémica se desarrollaba en diversos niveles de enfrentamiento, no todo fueron batallas literarias por debajo y sobre ellas latían diferencias políticas, sociales y culturales: afrancesados contra antifranceses, hombres cultos frente a escritores superficiales y el «partido aragonés» contra los «golillas», todos dispuestos a utilizar su pluma en bien de su patria, pero bien y patria no tenían el mismo significado para unos que para otros.

La prensa no fue ajena a la polémica y no faltó periódico que terciase a favor o en contra de las apologías o convirtiéndose ellos mismos en apologistas o detractores de los *defensores* de la patria, por razones de espacio y por considerarlo el más interesante para el objetivo que nos hemos trazado sólo utilizaremos *El Censor*, no sin señalar que en ella terciaron *El Correo de Ciegos*, *La Gaceta de Madrid*, *El Apologista Universal*, *El Corresponsal del Censor* y otros muchos.

*El Censor*, que venía ocupándose de los apologistas desde su Discurso LXXIX (7-11-1785) y que en el CX (22-6-1786), a propósito del artículo

---

<sup>26</sup> Ver en LÓPEZ FRANÇOIS, *Juan Pablo et la crise de la conscience espagnole au XVIII siècle*. Burdeos, 1976, págs. 371 y ss., la polémica entre este autor y Julián Marías acerca de la objetividad de Forner. El autor francés considera injusto que la vehemencia de Forner haya llevado a algunos autores a considerarlo el padre del tradicionalismo y un representante del *casticismo* frente a las *luces*. Considera que supondría una lectura sesgada de la «Oración» y sobre todo, aislada del resto de la obra forneriana.

<sup>27</sup> FORNER, J.P., *La oración apologética por la España y su mérito literario*. Madrid, 1963. Pág. 68.

de Masson, había tomado partido en lo sustancial a favor del autor francés sin dejar de señalar sus «muchos disparates» respecto a la realidad española, ahora volvía de nuevo a la carga con ocasión de la publicación de la *Respuesta...* a Masson del Abate Denina y en su Discurso CXIII (13-7-1786) ofrecía en tono de sátira una réplica al autor italiano; una vez reconocida su propia *ceguera* para apreciar que: «...a ninguna nación, a ninguna de cuantas cobija el cielo, debe la Europa y las ciencias todas y artes que en ella florecen, tanto, ni con mucho, como a la España y a los españoles»<sup>28</sup>, pasaba a distinguir entre las diferentes categorías de ciencias y de artes, así como el grado de contribución de los distintos países a la cultura europea, y en esa división radicaba el argumento fuerte sobre el que descansará el resto del discurso; se podía hablar de ciencias y de artes «que sirven meramente a la gloria de una Nación, o a la mera utilidad temporal suya, o cuanto más al conocimiento de la verdadera religión, de sus dogmas, de su moral, del espíritu de la Iglesia y del Evangelio»<sup>29</sup>, para *El Censor*, éstas nada debían a España si se exceptuaba el Quijote, y decir lo contrario, como hacía el Abate, era mentir a la Nación y dar prueba de gran ignorancia, porque o bien las citadas ciencias y artes nacieron entre nosotros y las hemos dejado morir mientras otras naciones las desarrollaban o por el contrario nunca las tuvimos y lo más sensato es confesar nuestra ignorancia en lugar de ponernos en ridículo con los argumentos de los apologistas. Sin embargo, según el periódico, en España han florecido «otras ciencias y otras artes, ciencias y artes sólidas que han contribuido a nuestra verdadera felicidad porque «no hay otra felicidad más verdadera ni más sólida que la perdurable y eterna de la otra vida: ni ninguna ciencia ni arte contribuirá más a que la consigamos, que aquella que nos proporciona excelente medios para conseguirla». Éstas no son otras que el abatimiento, la ignominia, la debilidad, el hambre, la desnudez... todo el conjunto de causas que dan lugar a la pobreza, por tanto si en ellas se funda la felicidad, el conjunto de artes y ciencias que contribuyen al engrandecimiento y riqueza de una nación no son verdaderas o sólidas o lo son en menor medida, si el objetivo era *la santa pobreza pública*, no cabían las ciencias y las artes que contribuían a labrar la riqueza de los Estados y de sus súbditos. No obstante «...ninguna otra Nación ha contribuido más que nosotros a los progresos que han hecho en la Europa esas artes y esas ciencias menos sólidas y verdaderas...» encaminadas al aumento de la riqueza, «ningunos pueblos como los nuestros han contribuido más a enriquecer los otros pueblos europeos emprobeciéndonos a

---

<sup>28</sup> *El Censor*, Discurso CXIII, Edición Fascímil. Oviedo, 1989, pág. 503.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pág. 503.

nosotros mismos»<sup>30</sup>. Grito irónico pero no por ello menos desgarrador tantas veces repetido a lo largo de casi tres centurias, ¡España había sido las Indias del extranjero!

En nuestro país, para el autor del Discurso, habían confluído cierta teología, la moral y cierta jurisprudencia civil y conónica junto a cierta política para proporcionarnos la pobreza e ignorancia que tanto contribuyeron a la verdadera felicidad. La religión y sobre todo los clérigos eran objeto de un furibundo ataque, los argumentos eran los mismos que los ilustrados franceses repetían y Montesquieu había utilizado en sus escritos sobre la Monarquía hispana, de nuevo las riquezas del Imperio se traían a colación para mostrar el equivocado planteamiento colonial de la Monarquía de los Austrias que había empobrecido al reino. Frente a los argumentos del Abate Denina centrados en una defensa de la cultura nacional que rechazaba el seguidismo de los afrancesados y en el que la riqueza no fue utilizada como parámetro de la modernidad, *El Censor* retomaba el lenguaje de aquellos ilustrados españoles que entendían que el resurgimiento de la nación pasaba por la recuperación económica y ésta a su vez dependía de su imperio americano, lenguaje que, por otra parte, había cobrado fuerza, como ya hemos señalado, desde principios de siglo y estaba presente en teóricos como Mandeville, Addison o Montesquieu y cuyas ideas eran divulgadas ahora por el artículo de Masson en la Enciclopedia Metódica y antes con más rigor por el *Spectator*, periódico inglés en el que Addison publicaba y de el que *El Censor* pretendía ser continuador<sup>31</sup>. Así las cosas, las riquezas y el modo de obtenerlas, sin ahorrar las críticas a cómo se habían obtenido en el pasado, adquirirían un protagonismo en el que el comercio jugaba el papel principal, éste se convertía en el instrumento capaz de establecer relaciones entre los pueblos, frenar el poder de sus monarcas o mandatarios, enriquecer a las naciones y todo ello en el marco de una «sociedad comercial» emergente que había sido capaz de convertir las pasiones en opiniones, dulcificar las costumbres y establecer una serie de convenciones para regir las relaciones de los individuos y las naciones<sup>32</sup>.

Argumentando a la contra y manteniendo su tono irónico *El Censor* enumeraba las buenas condiciones de nuestra península para producir

<sup>30</sup> *Ibidem*, pág. 505.

<sup>31</sup> Las conexiones entre *El Censor* y *The Spectator* en GUINARD, P.J., *La presse espagnole de 1737 a 1791, formation et signification d'un genre*. París, 1973, cap. X y XI, págs. 391-349.

<sup>32</sup> Sobre la configuración de la «sociedad comercial» ver РОССОК, J.G.A., *Vertu, commerce et Histoire*. París, 1998. En especial cap. VI, págs. 132-157.

Asimismo *El Censor* dedica también su Discurso CXVII a la importancia del comercio y a los beneficios derivados de una Economía política basada en él.

riqueza y favorecer los intercambios y refiriéndose al siglo xvii exclamaba:

«¡Qué tentación esta tan fuerte para que fomentando nuestra agricultura, y la cría de muestras primeras materias tan apreciadas por otras Naciones, y que podríamos labrar a menos costa; qué terrible tentación repito, para que no contentos con gran comercio interior que nos sería muy fácil, se nos pusiera en la cabeza hacerlo también exterior, mayormente cuando teníamos ya dado pruebas de ser los mayores navegantes del Universo, y desbandando a todas las Naciones en todos los mercados del mundo, nos viésemos sumergidos en aquel abismo de males que traerían consigo riquezas tan excesivas!»

Fuerónse pues tomando poco a poco las más eficaces providencias para abatir la altanería de nuestro genio, para desnaturalizar nuestro carácter, para disipar nuestra gloria, para ahuyentar de entre nosotros esas artes, y esas ciencias que inflan o llenan de vanidad, y que podían hacernos prosperar en este valle de lágrimas y miserias, para abrazar una sencilla ignorancia, para inutilizar todos los prodigiosos medios de ser rico, para que jamás hubiese entre nosotros agricultura, industria, comercio, fuentes ponzosomas de las públicas riquezas, y para hacernos en fin profesar, si pudiese ser, eternamente una pobreza santa <sup>33</sup>.

La cita explicitaba como había calado el discurso moderno a la luz del cual se releía el pasado pero sobre todo se pretendía conjurar el futuro, remover los obstáculos que se oponían a la organización de la sociedad sobre presupuestos distintos entre los cuales la religión no era prioritaria, parafraseando el autor del Discurso, el siglo xviii se había iniciado con la llegada al trono de un príncipe francés «que concibe el proyecto de introducir en su Reyno las ciencias, las artes de otras Naciones, la industria, el comercio, y con ellas la felicidad seductora de este mundo, sin embargo no se arrancó de raíz ninguno de los impedimentos que de largo tiempo les habíamos opuesto», por tanto poco pudieron hacer para remediar nuestra ignorancia y nuestra pobreza sino situar a la Monarquía en un punto de partida distinto. Bajo Carlos III, «la agricultura y el comercio reciben muchos aumentos: la marina y el ejército se ponen en un pie muy respetable», sus ministros persiguieron con celo la felicidad pública, a pesar de lo cual no fueron capaces de desterrar los impedimentos seculares que habían hecho de nuestro país una nación dependiente de las mercaderías labradas por otros, y «todo ello lo hemos de pagar a peso de oro y plata» y materias primas. Respondiendo a Masson, *El Censor* señalaba que

---

<sup>33</sup> *El Censor*, Edición facsímil, Oviedo 1789, Discurso CXIII (13-7-1786), pág. 506. La alusión al papel del comercio trasatlántico en la riqueza de las naciones ha sido subrayado por nosotros.

«nadie como nosotros ha contribuido indirectamente, es decir, del único modo que nos ha sido posible, a los progresos que las otras ciencias y artes han hecho en las demás Naciones enriqueciéndolas a ellas... hemos hecho su riqueza a costa de nuestra pobreza: hemos hecho su poder a costa de nuestra debilidad; hemos hecho su gloria a costa de nuestra ignominia... Si volamos más allá de los mares, y expatriados de nuestro suelo vamos a buscar nuevos domicilios en la América, no es sino para criar allí tantos preciosísimos simples (materias primas) de que casi ellas solas (las naciones extranjeras) se aprovechan... Si en fin hemos labrado nuestras minas; si extraemos de ellas a costa de infinita sangre humana el oro y plata, no es sino para enriquecer a todo el mundo y empobrecernos a nosotros»<sup>34</sup>.

Este es el estado que los Apologistas pretenden defender *manteniéndonos en la ignorancia que es el único muro que nos defiende de la riqueza y la prosperidad*. Su argumento, en el aspecto que nos interesa, descansaba en una crítica feroz al aprovechamiento de las colonias en los siglos precedentes y pretendía constatar la decadencia sobrevinida a la Monarquía por ese modo de relacionarse con su Imperio, todavía más, advertía de la urgencia de los cambios y de la necesidad de remover los obstáculos; nada que pudiese interpretarse como conformismo con el estado de cosas existente y por tanto impidiese la toma de medidas necesarias para recuperar el ritmo *de la historia que él creía perdido podía ser aceptado*.

¿Era éste el discurso que Cavanilles, Denina o Forner defendían? Sinceramente creemos que no, todos ellos reconocieron la decadencia de la Monarquía durante el siglo xvii pero como intelectuales ilustrados, más que como hombres de acción, le atribuyeron a la decadencia de las letras y su recuperación, siempre desde su catolicismo que no clericalismo, pasaba por la recuperación de las mismas<sup>35</sup>. Su discurso, sin dejar de ser moderno, transitaba por un plano distinto, no desdeñaban, en especial Forner, la riqueza ni ignoraban la importancia del comercio, pero en el debate de los ochenta su objetivo era otro: reivindicar un pasado cultural que, con períodos de decadencia incluidos, había sido a su parecer glorioso. No hay que olvidar que todos ellos miraban esperanzados los cambios de toda índole introducidos por Carlos III y que la publicación de sus

<sup>34</sup> *Ibidem*, págs. 507-509.

<sup>35</sup> MARAVALL, J.A., *Estudios de la Historia del pensamiento español s. xviii*. Madrid, 1991, en especial «El sentimiento de nación en el siglo xviii: la obra de Forner», págs. 42-60. Como indica Maravall, la obra de Forner debe ser analizada en su conjunto y no sólo su Oración Apologética, las obras escritas al margen de la polémica, tales como el *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la Historia de España* o su *Discurso sobre el amor a la patria*, explicitan conceptos como el de nación, de felicidad pública, de comercio y marina... desde una óptica ilustrada semejante a la que subyace en los planteamientos de *El Censor*.

obras había sido tolerada cuando no financiada por los ministros ilustrados al igual que el periódicos que les criticaba.

De los tres apologistas que hemos escogido para evidenciar la polémica con *El Censor* acerca de la modernidad de España y en especial el papel que en esa disputa se le dio a sus relaciones con América, sólo Forner respondió y lo hizo, antes que la publicación de su propia apología fuese objeto de comentario, en la nota 23 de su *Oración Apologética...* y en una *Contestación al discurso CXIII de El Censor* incluida en el apéndice de la misma obra. La réplica, tras reconocer que había *Apologías y Apologías*, se centraba, como era de esperar, en mostrar al autor de los discursos su desconocimiento del pasado literario de nuestro país y el error cometido al situar la discusión en tiempos y aspectos en los que las apologías no habían pretendido entrar, no al menos las defendidas por Forner. Lo que este autor no sabe o no quiere resolver es la tensión planteada entre religión y civilización moderna, para él la ignorancia y la miseria no tenían una relación directa con la religión y la moral cristiana, no la habían tenido en el siglo XVI y no era evidente que la tuvieran ahora, los políticos y economistas del siglo XVII habían señalado las causas de la decadencia, entre ellas la opulencia del clero o la guerra, lo habían hecho con agudeza y en profundidad sin ser censurados por ello. En esta respuesta el enfrentamiento entre Forner y *El Censor* se mantiene en un tono de disputa y cortesía intelectual que hace reconocer al primero la contribución del segundo al despertar del país <sup>36</sup>.

Sin embargo en este periódico en su *Discurso CXX* y en una Nota al *Discurso CXXI* tomando como pretexto la respuesta a un panfleto publicado por un tal «Patricio Redondo», ciudadano burgalés, refutando los argumentos esgrimidos por *El Censor* contra las Apologías, se acentuó la polémica y se pasó a las descalificaciones personales; sin añadir nuevos argumentos e incluso dejando de lado su discurso sobre la riqueza y la prosperidad deseable para el país, reafirmaba genéricamente lo ya dicho y centraba su discurso en la descalificación de los apologistas tratándolos de mentirosos y oportunistas, buscadores del halago fácil de los poderosos y predicadores del conformismo. Forner no dejó pasar la ocasión de contestar a este nuevo ataque a las apologías y lo hizo, esta vez sí, en el te-

---

<sup>36</sup> FORNER, J.P., *Oración Apologética. Por la España Y su mérito literario: para que sirva de exornación al Discurso leído por el Abate Denina en la Academia de Ciencias de Berlín respondiendo a la question Qué se debe a España? Por ...M.*, en la Imprenta Real, 1786, 8.º 228 pág. y 136 pág. de apéndices: *Contestación al Discurso CXIII del Censor*, 86 pág. y *Reponse a la question que doit-on à l'Espagne... Par Mr. L'Abbé Denina*. Madrid, Imprenta Real.

reno que le marcaba *El Censor*, reconociendo la decadencia hispana en el setecientos pero exonerando a la religión de toda la responsabilidad en la misma: «si se exceptúa *la política*, las demás que usted señala no han tenido influjo alguno en nuestros atrasos» y para reforzar tal aseveración añadía que la Francia católica era tan rica como la Inglaterra cismática <sup>37</sup>.

En 1787, después de la publicación de la *Oración Apologética...* de Forner, la polémica arreció y tomó un cariz cada vez más personal y agresivo, *El Censor* dedicó su Discurso CLXV (9-8-1787) a la primera parte de una «apología»: *Por el África y su mérito literario. Oración Apologética*, dedicada en exclusiva al autor de la *Oración...*, la pieza, de un humor amargo, le acusaba de plagio nada menos que de Cornelio Agrippa, Erasmo y Rousseau, ridiculizaba los intentos llevados a cabo por Forner para demostrar los méritos literarios de España frente a otras naciones, pero sobre todo hacía de él una foto fija que reflejaba a una persona que al despreciar la especulación rechazaba el avance de las ciencias, que reivindicaba la religión y la moral cristiana y no sabía apreciar a los filósofos modernos y a políticos como el «fastidiosamente ponderado Montesquieu», lo situaba entre aquellos que «dan nombre de ignorancia a la juiciosa precaución de no acomodarnos a las ideas poco justas que ellos tienen del saber» y lo hacía con abundantes notas que pretendían desmentir la acusación de Forner de falta de lecturas a la par que mostraba un amplio conocimiento de la ciencia contemporánea <sup>38</sup>. *El Censor* no tuvo ocasión de escribir la segunda parte de su *Oración Apologética por el África...* ya que el Discurso CLXVII fue el último de este papel periódico. Para J.M. Caso González la desaparición de *El Censor*, como más tarde la de *El Apologista Universal* y *El Corresponsal del Censor*, fueron obra de Floridablanca que vio en estos periódicos un ataque a su política y sin necesidad de clausurarlos encontró los medios de reducirlos al silencio a pesar del apoyo real con que había contado desde sus inicios el primero de ellos <sup>39</sup>.

El debate no fue exclusivo de *El Censor* entre la prensa, ni de Forner entre los intelectuales de la época, es obvio que otros muchos periódicos y personajes pertenecientes a la élite del país estuvieron presentes, si bien éste revistió una relevancia especial.

En enero de este mismo año, fue *El Correo de los ciegos* el que mediante la publicación de cartas de sus lectores o bien acuse a los apologistas de

<sup>37</sup> *Ibidem*, Nota a su *Contestación al discurso CXII...* pág. 84.

<sup>38</sup> *El Censor*, Edición Facsímil. Oviedo, 1989, Discurso CLX, págs. 785-765.

<sup>39</sup> Caso GONZÁLEZ, J.M., «*El Censor*», ¿Periódico de Carlos III?, en *El Censor*, Edición Facsímil. Oviedo, 1989, pág. 785.

faltar a la verdad y buscar el conformismo o como en el caso de el «*Militar Ingenuo*» trate de ofrecer una reflexión serena sobre la situación del país y sus posibles remedios <sup>40</sup>.

Meses más tarde fue la *Gaceta de Madrid* la que publicó una *Carta del autor de la Oración Apologética* que bajo el seudónimo de Josef Conchudo demandaba a Forner una disertación histórica imparcial que reconociese el retraso de la España del siglo XVIII. Por las mismas fechas *El Apologista universal*, en su número XII, iniciaba sus ataques a la *Oración*. Sus críticas, al igual que las de *El Censor* del que se consideraba seguidor, se centraban en la enseñanza superior. Asimismo *El corresponsal del Censor* entraba a polemizar reiterando temas ya tratados por los anteriores. A todos ellos contestó Forner cumplidamente, unas veces a través del mismo periódico como fue el caso de sus respuestas en el *Correo de ciegos* o en la *Gaceta de Madrid* y otras veces mediante escritos aparte como fue su *Pa-satiempos*, publicado por la Imprenta Real en 1787. Las respuestas fueron encaminadas a demostrar la veracidad de sus argumentos fundados en una sólida cultura, la necesidad de distinguir entre ciencias útiles y superfluas y sobre todo a clarificar su posición, la de un intelectual abierto a las reformas, amante de las ciencias modernas, pragmático, heredero de los *novatores* valencianos, que había escrito un ejercicio de elocuencia, la *Oración...*, en la que «ha expuesto lo bueno que ha habido en España; lo malo que ha habido expóngalo otros...» pero en la que nunca mintió <sup>41</sup>.

Por tanto, la polémica de los ochenta, Masson y viejos argumentos incluidos, nos ha servido para conocer la idea que de sí misma tenía la nación, al menos sus élites intelectuales, y esta idea se nos revela múltiple, cambiante y contrastada. También para constatar que el descubrimiento, conquista y colonización de América, además de ser un hecho crucial para la historia universal, determinó en buena medida la imagen que de la Monarquía Hispánica, en las primeras centurias de la Modernidad, y de España en el setecientos, tuvieron el resto de las Monarquías o naciones y que a la postre influyó en la imagen que los españoles fueron configurándose de sí mismos.

---

<sup>40</sup> Sobre los escritos del «*Militar Ingenuo*», ver M. de AGUIRRE, *Cartas y Discursos del Militar Ingenuo al Correo de Ciegos de Madrid*, publicados por A. ELORZA. San Sebastián, 1974.

<sup>41</sup> Sólo un breve recorrido para señalar que la polémica ocupó las páginas de los periódicos más importantes y en ella terciaron probablemente las mejores plumas del país; su estudio queda fuera de nuestro propósito y además fue brillantemente realizado por François LÓPEZ, *Juan Pablo Forner et la crise... Burdeos*, 1976, capítulos IV y V. Más sobre la prensa de la época en GUINARD, P.J., *La Presse Espagnole de 1737 a 1791. Formation et signification d'un genre*. París, 1973. Cap X, págs. 291-323.